

dre de Dios, por su propio y supremo juicio, satisfaciendo así la religiosa impaciencia del mundo católico y su propia piedad, respecto de la Santísima Virgen, y para más honra de Jesucristo, puesto que toda la honra y gloria que a la Madre de Dios se tributa recae en el Hijo, y «después de haber implorado compungidos y gimientes la asistencia del Espíritu consolador, en la persuasión, dice Pío IX, de que Nos inspira en este sentido, en honor de la santa e individua Trinidad, para honra y gloria de la Virgen Madre de Dios, para la exaltación de la fe católica y acrecentamiento de la religión cristiana: Mediante la autoridad de nuestro Señor Jesucristo, de los bienaventurados apóstoles Pedro y Pablo y la Nuestra:

Declaramos, pronunciamos y definimos que: La doctrina que enseña que por una gracia y un privilegio especial de Dios omnipotente, y en vista de los méritos de Jesucristo, Salvador del género humano, la Bienaventurada Virgen María en el primer instante de su concepción, fué preservada y exenta de toda mancha de pecado original, es doctrina revelada por Dios, y, por consiguiente, que debe ser creída firme e inviolablemente por todos los fieles.»

Y convencido el gran Pontifice de que había prestado a la Iglesia con esta definición el más grande servicio, hizo saber al mundo que pronto recibiría las santas realidades del Catolicismo salvador y el espíritu y las armas adecuadas para destruir la cizaña que el *non serviam* protestante había hecho crecer extraordinariamente, y por ella había acarreado las más locas revoluciones y los más tiránicos imperialismos, los más extraños errores y las más perniciosas costumbres y un estado de irreligión e indiferencia, que las naciones inspiró en el odio masónico a la Iglesia; por los senderos de los despectivos gestos para todo lo divino y las arras que se estereotiparon en la cinica risa de Voltaire, que se tradujo en las utopías de Rouseau y en las fábulas de Renán; irreligión e indiferencia que se manifestó por fin, en la tan conocida frase; «El clericalismo, he ahí el enemigo;» y que hoy se expresa con más propiedad por los novísimos y, tal vez, últimos revolucionarios de estos tiempos, cuando dicen que «El Socialismo sólo teme al Sacerdote.»

## PARTE SEGUNDA

### Consecuencias de la definición

#### 1.—Una nueva etapa de la Era Cristiana: la Epoca de María.

Con fundamento de infalible verdad y con armas templadas en el vivísimo fuego de la perfección cristiana, el Papa de la Inmaculada asentaba sobre la inmovible colina vaticana la firme roca que había de servir de basamento a esta nueva era cristiana que ya han reconocido los hombres todos y que los católicos saludaron con el nombre de época de María y que nosotros podemos concretar más llamándola época de la Inmaculada, en la que el mariano Vidente de la Esclavitud de María se regocijaba siglo y medio antes escribiendo con acento propio del gran Isaias estas proféticas palabras: «María ha permanecido desconocida hasta el presente, y ésta es una de las principales razones por qué Jesucristo no es todavía conocido como debe serlo. Si, pues, es cierto que el conocimiento y reinado de Jesucristo en el mundo deben llegar, no lo es menos que sólo se realizará esto como consecuencia del conocimiento y del reinado de la Santísima Virgen, que es la que le trajo la primera vez y la que nos le traerá la segunda.»